

Recibe la potestad de leer el Evangelio en la Iglesia de Dios, así por los vivos como por los difuntos, en el nombre del Señor (1). R]. Amén.

Puesto en pie el señor Obispo se vuelve hacia el altar, sin mitra, y dice: *Oremus*. Los ministros: *Flectamus genua*. R]. *Levate*. Y volviéndose nuevamente á los ordenandos, dice:

*Exaudi, Domine, preces nostras, et super hos famulos tuos spiritum tuae benedictionis emitte, ut coelesti munere ditati, et tuae majestatis gratiam possint acquirere, et bene vivendi aliis exemplum praebere. Per Dominum nostrum Jesum Christum Filium tuum, qui tecum vivit et regnat in unitate ejusdem Spiritus Sancti Deus per omnia saecula saeculorum. R]. Amen.*

Escucha, Señor, nuestros ruegos, y envía sobre estos tus siervos el espíritu de tu bendición †, para que enriquecidos con el don del cielo, puedan ellos adquirir la gracia de vuestra majestad, y dar á los otros ejemplos para bien vivir: por Nuestro Señor Jesucristo tu Hijo, que contigo vive y reina en unidad del Espíritu Santo Dios por todos los siglos de los siglos. R]. Amén.

OREMUS

*Domine sancte, Pater fidei, spei, et gratiae, et profectuum remunerator, qui in coelestibus et terrenis Angelorum ministeriis ubique dispositis, per omnia elementa voluntatis tuae diffundis effectum; hos quoque famulos tuos spirituali dignare illustrare affectu, ut tuis obsequiis expediti, sanctis altaribus tuis ministrari puri accrescant, et indulgentia tua puriores eorum gradu, quos Apostoli tui in septenarium numerum, beato Stephano duce ac praevio, Spiritu Sancto auctore elegerunt, digni existant, et virtutibus universis, quibus tibi servire oportet, instructi, tibi complacent. Per Dominum nostrum Jesum Christum Filium*

(1) Se pone á cada uno la estola y dalmática y hace tocar el libro de los Evangelios antes de pasar á hacer lo mismo con el siguiente: ó bien en acto separado, de dos en dos ó más á un tiempo, tocan el libro de los Evangelios, en cuyo caso se les dirá *Accipite*.

*tuum, qui tecum vivit et regnat in unitate ejusdem Spiritus Sancti Deus per omnia saecula saeculorum. R]. Amen.*

OREMOS

Señor santo, Padre de la fe, de la esperanza y de la gracia, remunerador de lo que con ellas se adelanta, que disponiendo en todas partes los ministerios angélicos en los cielos y en la tierra, esparces los efectos de tu voluntad por todas las regiones; ten á bien ilustrar con afectos espirituales también á estos tus siervos, para que se añadan á tus santos altares unos ministros puros, prontos y expeditos siempre á tus obsequios; y más puros por tu misericordia se hallen dignos del grado de aquellos siete que los Apóstoles, gobernados por el Espíritu Santo, eligieron, de los que el primero y principal fué el bienaventurado San Esteban; y armados de todas las virtudes con que es menester servirte, consigan agradarte; por Nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que contigo vive y reina en unidad del mismo Espíritu Santo, Dios por todos los siglos de los siglos. R]. Amén.

El arcediano previene se retiren los ordenandos á su lugar, señalando el maestro de ceremonias uno de los nuevos diáconos para cantar el Evangelio. El señor Obispo pasa en la forma ordinaria á su asiento del lado de la Epístola, donde lee el *Tracto* (y *Secuencia* si es en la infraoctava de Pentecostés) hasta el último verso *exclusive* mientras canta lo mismo el coro.

El diácono que ha de cantar el Evangelio llevará el libro al pecho, lo deja sobre el altar, va á besar la mano al señor Obispo, vuelve al altar, donde se arrodilla ante la grada, y dice allí:

*Munda cor meum ac labia mea, omnipotens Deus, qui labia Isaiae prophetae calculo mundasti ignito, ita me tua gratia miseratione dignare mundare, ut sanctum Evangelium tuum digne valeam nuntiare. Per Christum Dominum nostrum. R]. Amen.*

Se levanta, toma el libro del altar, va á donde está el señor Obispo, aguarda haya concluído la bendición del incienso, se arrodilla, y con el libro en las manos le dice: *Jube, Domne, benedicere*.

El Prelado responde:

*Dominus sit in corde tuo et in labiis tuis, ut digne et competenter annunties Evangelium suum: in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. R., Amen.*

Le bendice, y él besa el anillo. Luego canta el Evangelio en el facistolillo ó atril, ó teniéndole el libro un subdiácono, el que lo lleva después á besar al señor Obispo, haciéndole en seguida una inclinación, como en las demás misas solemnes, y como en ellas es incensado Su Ilustrísima por el prelado asistente: Si hay que ordenar presbíteros, esto se deja para después de ordenados éstos, como luego se dirá.

D) *De los efectos que causa el orden del diaconado en el ordenando.*

Además de la gracia sacramental que causa y carácter que imprime, da tres facultades al sujeto que lo recibe. Estas facultades son: 1.<sup>a</sup> de poder servir al sacerdote en el santo sacrificio, y cantar el Evangelio en la misa solemne; 2.<sup>a</sup> predicar el Evangelio con licencia del Obispo; 3.<sup>a</sup> bautizar solemnemente con licencia del párroco cuando hubiese caso urgente: *Diaconum... oportet ministrare ad altare, baptizare et praedicare.*

Trataremos de cada una de estas facultades en particular, empezando por la facultad de servir al altar, *ministrare ad altare*. Si bien es verdad que los primeros diáconos fueron ordenados por los Apóstoles, para que cuidasen de las mesas de los pobres, como se ve en el libro de los Hechos apostólicos, sin embargo, en el mismo libro vemos que poquito á poco les iban confiando cosas mayores; por manera que los hallamos asociados á las funciones de los sacerdotes y aun de los obispos: y á la verdad, al verlos tan virtuosos, tan celosos, les inspiraban tanta confianza, que siempre los querían á su lado para que les ayudasen en las sagradas funciones del ministerio, y no pocas veces, cuando se hallaban impedidos, confiaban algunas de sus funciones á los diáconos, como predicar, bautizar y administrar la sagrada Comunión. Y si bien es verdad que no les podían confiar el sacrificar ó celebrar la santa misa,

pero no acostumbraban jamás celebrar sin que tuviesen al lado el diácono, como se lo decía San Lorenzo al pontífice San Sixto; *Quo progredieris sine filio, pater? Quo, sacerdos sancte, sine Diacono properas? Tu nunquam sine ministro sacrificium, offerre consueveras.* Por lo tanto, lo que en un principio se hacía por costumbre, después ya vino á ser una formal disposición de la Iglesia, y uno de los oficios de los diáconos marcado claramente en el Pontifical con estas terminantes palabras: *Diaconum oportet ministrare ad altare*; y con esto el diácono de tal manera se acerca á Dios nuestro Señor, que juntamente con el sacerdote ofrece el cáliz, diciendo según la rúbrica, con el mismo sacerdote, teniendo el cáliz levantado: *Offerimus tibi, Domine, calicem salutaris, etc.*

Y no es extraño, si se reflexiona sobre las palabras del mismo Pontifical, que llaman á los diáconos: *Comministri et cooperatores corporis et sanguinis Domini.* ¿Qué otra cosa son los diáconos, decía San Ignacio mártir, sino los imitadores de Cristo, que sirven al Obispo como Cristo al Eterno Padre? En efecto, pues, vemos que en todo el tiempo del sacrificio, antes y después de la consagración y comunión, el diácono siempre acompaña al celebrante y le ayuda en todo y por todo. Si alguna vez se aparta del celebrante es con su venia y bendición para anunciar el mismo Evangelio que el celebrante en voz baja, como su pregonero, ó mejor dicho, como pregonero de Cristo, anunciando y cantando á todo el pueblo. Lo que hace además como oficio propio suyo, pues que en la ordenación se le dió esta facultad cuando el Obispo, entregándole el libro de los Evangelios, le dijo: *Accipe potestatem legendi Evangelium in Ecclesia Dei, tam pro vivis quam pro defunctis.* ¡Oh con cuánta devoción y con qué fervor de espíritu debe el diácono desempeñar tan sagrada función, pues que no es menos que pregonero celestial, según dice San Isidoro!

Y para que formes la idea que debes te diremos, amado

seminarista, qué es lo que hace el diácono; y lo que significa lo mismo que hace. El diácono se dirige al lugar en que ha de cantar el Evangelio, acompañado de los ministros inferiores, anda con paso grave, con los ojos fijos en el suelo, pero su entendimiento en el cielo y el corazón en Dios, y canta con gravedad y dignidad; canta de cara al pueblo, para que todos oigan bien la doctrina de Cristo que está contenida en aquel sagrado libro, doctrina que á todos será anunciada antes del fin del mundo, para que todos puedan conocer que Jesús es el Mesías prometido y el Redentor del género humano. El diácono para cantar el Evangelio toma el libro del altar, sobre el cual antes había sido puesto dicho libro, para significar que la Iglesia de Cristo es la fiel custodia de la doctrina evangélica, y se toma el libro de los Evangelios del altar; *quia de Sion exiit lex nova, et Verbum Christi de Jerusalem*. Tan pronto como el diácono ha tomado el libro del altar se dirige al celebrante, se hinca con ambas rodillas, le pide su santa bendición, la recibe con suma humildad, y con el mayor afecto le besa la mano: al momento con grande gozo y alegría se dirige al lugar destinado al efecto. Estas ceremonias significan la misión y la bendición que los santos Apóstoles recibieron de Cristo antes que saliesen á predicar el Evangelio por los pueblos; y así armados, aunque iban como mansas ovejas en medio de lobos, no temían, por el contrario, con grande confianza predicaban la palabra de Dios, y como dice San Marcos: *Domino cooperante, et sermonem confirmante sequentibus signis* (1). Y para que se entienda que aun hoy en el día el mismo Jesucristo continúa enviando sus Apóstoles, por esto precede la bendición y el besar la mano del celebrante, que representa al mismo Jesucristo, según dice Inocencio III.

El turiferario con el incensario humeando asiste á esta grande ceremonia, y representa el olor de todas las virtudes que Jesucristo derramaba por todos los lugares en

(1) Marc. XVI, 20.

donde anunciaba su santo Evangelio, y también significa el buen olor de las virtudes que ha de tener el diácono, que representa la persona de Cristo; y por esta razón el turiferario debe pasar delante, para que entienda el diácono que antes debe ir con el buen ejemplo, con las virtudes, que con las palabras, á imitación de Jesús: *Qui coepit facere, et docere* (1) Y el ir los acólitos con las luces encendidas significa la doctrina de Jesucristo, que es la luz del mundo.

Concluido el Evangelio, el subdiácono toma el libro y lo lleva al celebrante para que lo bese; y con esto se da á entender que el fruto de la predicación no se ha de esperar de nosotros, que sólo somos instrumentos, sino de Cristo representado por el celebrante; y á él se ha de atribuir, porque no es el que planta, ni el que riega, el que da el incremento, sino Dios, y á él se le ha de dirigir todo. Finalmente, el diácono inciensa tres veces al celebrante, para manifestar la gratitud, sumisión y amor al divino Salvador, por haberse dignado bajar del cielo á la tierra para enseñarnos tan santa y divina doctrina, que bien practicada en la tierra nos hace santos y felices, y en el cielo gloriosos y eternamente bienaventurados. Que esto es lo que tiene la doctrina, que no sólo hace felices en el otro mundo, sino ya también en éste: no hay más que hacer la prueba; tanto en el individuo como en la sociedad.

E) *De la segunda facultad ú oficio del diácono, que es bautizar*

Aunque al diácono en su ordenación se le concede facultad de bautizar solemnemente, no puede ejercerla sin permiso del que tiene jurisdicción ordinaria, como la tiene el Papa en todo el mundo, el obispo en su diócesis y el párroco en su parroquia. Pues así como á éstos, que son los pastores de las ovejas de Cristo, les corresponde apacentarlas con la predicación, y sin su permiso nadie puede entrometerse á predicarlas, así también ellos, que son los esposos de sus respectivas iglesias, solamente pueden

(1) Act. I. 1.

lícitamente reengendrar por el Bautismo hijos de Dios y de la iglesia. Los demás, aunque por razón de la ordenación son presbíteros, diáconos, y tienen aptitud para hacer con toda solemnidad tan grandes funciones, sin embargo, el buen orden pide que nunca jamás ejerciten tales facultades sin permiso del superior de aquel lugar, á fin de evitar disgustos y dificultades. Por lo que decimos que el diácono nunca debe administrar solemnemente el sacramento del Bautismo sin licencia expresa del párroco sino cuando hay necesidad, ó lo exige la utilidad de la Iglesia.

F.) *De la tercera facultad ú oficio del diácono, que es predicar*

En virtud de la ordenación al diácono le compete predicar. En nombre de predicación aquí no se entiende hacer sermones en grandes concursos de fiestas; la predicación del diácono no es otra que explicar con sencillez, comparaciones y parábolas á las gentes las verdades de nuestra santa fe, y esto, no en grandes concursos y reuniones, sino familiarmente, como lo practicaba el diácono san Felipe, y también en polémicas científicas, como lo hacía el diácono san Esteban siempre que le provocaban á ello y la gloria de Dios exigía que les contestase.

En cuanto á predicar sermones de fiestas de grandes concursos, nunca lo debe hacer el diácono sin licencia del párroco, ó mejor del Obispo. La práctica es que en el día ni á los sacerdotes se les permite predicar sin licencia del Obispo dada por escrito; pero al diácono nunca se la da por escrito, sino por alguna vez, y esto de palabra. Lo que sí te exhortamos, amadísimo seminarista, es que te dejes por ahora de esos sermones campanudos que llaman, que más sirven para echar al predicador al purgatorio ó al infierno que para sacar un alma del vicio: pues si tales sermones producen tan tristes efectos en un sacerdote, más desgraciados resultados darían en un diácono, por haber más motivo de vanidad. Lo que has de hacer es imitar al diácono san Felipe, que sentado al lado del eunuco de la

reina de Candaces le explicó familiarmente la doctrina de Jesucristo, y con su familiar conversación se convirtió y se hizo cristiano. ¡Oh qué bien tan grande se puede hacer con las conversaciones y explicaciones familiares! Esto, pues, harás tú, que por cierto no te faltará oportunidad si la sabes aprovechar, ya con tus amigos y compañeros, ya con otras gentes, hablando del amor de Dios y del prójimo de la devoción á María Santísima, de las virtudes, de las prácticas de piedad. De la abundancia del corazón habla la boca, dice Jesucristo: si tú eres bueno y fervoroso, siempre estarás dispuesto; el diácono bueno es como el fuego que calienta y convierte en fuego todo lo que se le arrima. Además, como los incrédulos é impíos verán que eres un joven diácono, te despreciarán, como el gigante Goliat despreció al joven David; pero éste con el auxilio del Señor le hirió y le cortó la cabeza con la propia espada. Tú también con tus razones le has de herir la frente al soberbio que te provoque, y con la espada del error con que te argumentaba le has de enmudecer. Mira lo que sucedió al diácono San Esteban; se levantaron contra él diferentes escolásticos ó filósofos, disputaban con Esteban, y no podían resistir la sabiduría y espíritu con que les hablaba (1). Tú debes estar siempre prevenido para responder á los ataques que te hagan los mal llamados filósofos; para esto te aconsejamos que te hagas familiar el Diccionario teológico de Bergier y otros autores de controversia.

G) *De las virtudes que debe tener el diácono.*

Amadísimo seminarista, con haber sido ascendido al diaconado, no se te ha dispensado de las obligaciones que contrajiste cuando fuiste ordenado subdiácono: por el contrario, aquéllas han subido de punto y las has de observar con más perfección, y así guardarás castidad, vestirás hábitos talares y rezarás el oficio divino; y además te

(1) Act. VI, 10.

decimos ahora que te has de ejercitar en otras virtudes propias de los diáconos.

H) *De la vigilancia*

La primera virtud á que te exhortamos aquí es la vigilancia; á este fin te decimos que te pares sobre aquellas palabras de san Pedro, que rezamos en la capitula de Completas: *Hermanos, sed sobrios y vigilad, porque vuestro adversario el diablo, como un león rugiente va dando vueltas buscando á quien devorar; al que debéis resistir y hacer frente armados con la santa fe.* El diácono es un centinela del ejército de Jesucristo, es una atalaya de la casa del padre de familias, es un guarda de la hacienda y heredad de Dios, que es su Iglesia; y así no debe ser amigo de comidas y bebidas porque hacen somnolencias y agravan el espíritu; se ha de vigilar, y cuando el enemigo se acerque, llamar, dar voces: y así, cuando se vea que alguno esparce malas doctrinas en palabras, libros malos, etc., entonces dar parte al señor cura párroco ó al señor Obispo. Si en el seminario se ve alguno que pueda perjudicar, se debe decir á los superiores para que lo remedien como puedan, pues que mal lo podrán remediar si no lo saben. En donde te conviene más y más vigilar ha de ser cuando salgas del Seminario y te veas en medio de la Babilonia del mundo. Jesucristo decía á los discípulos: *Vigilate et orate, ne intretis in tentationem.* Se descuidaron, no vigilaron, no oraron tanto como debían, se durmieron, ¿y qué sucedió? Mira á San Pedro entre soldados y mujeres, niega á Jesús. Dime, amado seminarista, cuando salgas del Seminario para ir á tu pueblo, á tu casa, ¿no te verás obligado á hallarte con males semejantes? Tal vez criadas ú otras mujeres, que empezarán la tentación como á Pedro: quizás militares ó impíos, que te ridiculizarán y burlarán; quién sabe si aun clérigos criticarán tus virtudes: ¡ay! nunca han tenido más cabal cumplimiento que en nuestros desgraciados días aquellas palabras de san Juan, que *totus mundus in maligno*

*positus est.* Y para hacer frente á tantos males y no dejarse sorprender de tan astutos enemigos es indispensable vigilar mucho: pero á nimo: no desmayar; por esto san Pablo nos hace saber que Dios no permitirá que la tentación sea más fuerte que la gracia que nos dará para resistirla y vencerla, y singularmente al diácono, que además de las gracias comunes tiene la especialísima de ese Sacramento propia para eso, como consta de la misma ordenación cuando le dice el Obispo: *Accipe Spiritum Sanctum ad robur et ad resistendum diabolo, et tentationibus ejus in nomine Domini.* Pero cuidado no presumir de sus fuerzas, ni ser temerario en ponerse voluntariamente en el peligro, porque ya se sabe que: *Qui amat periculum, in illo peribit.* No es lo mismo hallarse en peligro que amar el peligro; el que ama el peligro ya peca, pero el que se halla en peligro y se aparta si puede, y si no puede se vale de todos los medios necesarios para no pecar, no peca.

*De la fortaleza.*

La fortaleza, he aquí otra virtud de que tiene grande necesidad el diácono; y de seguro la tendrá si es vigilante, si ora, por que el que ora todo lo alcanza, y podrá decir con san Pablo: *Omnia possum in eo qui me confortat.* Muchos ejemplos te podría citar de diáconos que se han distinguido en el ejercicio de la virtud de la fortaleza; me contentaré con referirte tres, y aún lo haré brevemente, esperando que tú tendrás cuidado de leer detenidamente sus vidas para saberlos imitar, estos tres serán san Esteban, san Lorenzo y san Vicente, y los dos cabalmente españoles.

El primero será san Esteban. Este santo Diácono, viendo los impíos de Jerusalén que no podían resistir la lógica de Esteban, que siempre que disputaban con él les confundía, se valen de esta maldad. Lllaman á Esteban á la disputa, pero no para disputar, que bien conocían que contra Esteban no tenían razón ni argumentos, sino para

quitarle la vida. Para esto preparan calumnias, conmueven al pueblo, reúnen los ancianos, escribas y fariseos, y violentamente arrebatan al santo diácono y le llevan al concilio. ¿Piensas que por eso se espantó? ¿Quizá se pondría pálido á la vista sorprendente de los que estaban sentados en el gran concilio? Nada de esto; al contrario, como un Angel en serenidad y en fortaleza se deja ver de todos, según dice san Lucas. *Et intuentes eum omnes qui sedebant in concilio, viderunt faciem ejus tanquam faciem Angeli.* (Act. VI). Nada teme: el concilio le dice que se defienda, y él no se defiende á sí sino únicamente la causa de Dios; no dirige invectivas contra sus enemigos sino contra los enemigos de Dios, á quienes reprende con la mayor energía, y les dice: ¡Oh hombres de dura cerviz y de corazones y oídos incircuncisos, vosotros siempre resistís al Espíritu Santo; hacéis lo que hicieron vuestros padres. ¿A cuál de los profetas no han perseguido vuestros antepasados? Aquellos mataron á los que anunciaban la venida del Justo, y vosotros acabáis de ser traidores y homicidas de este mismo Justo. Habéis recibido la ley por disposición de los Angeles, y no la habéis guardado. Al oír estas cosas los impíos trinaban y rechinaban contra él; pero Esteban muy sereno, lleno del Espíritu Santo, levantando los ojos vió la gloria de Dios, y á Jesús que estaba á la derecha del Padre, y con el aspecto más risueño y placentero dijo: He aquí que veo los cielos abiertos, y el Hijo del Hombre que está á la diestra de Dios. Al oír estas palabras, fuera de sí de saña, arrebatan al santo Diácono y le echan fuera de la ciudad, y descargan sobre él una nube de piedras. Pero Esteban ni por eso se perturba, se hinca de rodillas y levanta las manos y ojos al cielo; pide perdón por sus perseguidores, y entrega gustoso su espíritu al Señor, rogando á Jesús que lo acepte diciendo: *Domine Jesu, suscipe spiritum meum.* ¿Y qué te diré, amadísimo seminarista, del diácono san Lorenzo? ¡Ay! sabe y ha visto con sus propios ojos los edic-

tos imperiales contra los cristianos; ya ha empezado la persecución; el jefe supremo es conducido al suplicio; en todas partes se oyen clamores de muerte; pero el Diácono no teme la muerte, la desea, sale al encuentro de san Sixto que iba á morir, siente el no morir con él, pero se consuela al saber que dentro de pocos días lo conseguirá. Entre tanto se arma con armas de justicia, esto es, con buenas obras; da los tesoros de la Iglesia á los pobres, da vista á los ciegos y anima á los flacos. Es llamado por el tirano y alegre se presenta; le amenaza con los más terribles suplicios si no le entrega los tesoros de la iglesia, y no abjura la fe; pero Lorenzo no se da por entendido. El tirano le promete riquezas, honores, y otras cosas, y Lorenzo todo lo desprecia: irritado el tirano manda que Lorenzo sea quemado vivo, y se ejecuta esta sentencia con la mayor barbaridad; pero Lorenzo en lugar de espantarse, como riéndose de los tormentos, no obstante de hallarse asado, dice al tirano: Ya la carne está asada, ya puedes comer. ¡Qué valor! ¡qué fortaleza!

Finalmente, ¿qué te diré del diácono san Vicente? Que fué preso por mandato del tirano Daciano; le mandó atormentar de mil maneras, pero siempre en vano: ya le hace dislocar los huesos de los brazos, ya le hace lacerar todas sus carnes con garfios de hierro; pero Vicente firme: le manda quemar en unas parrillas de hierro con grande fuego; se derrite, pero él siempre constante y con los ojos fijos en el cielo rogando al Señor: fué llevado á la cárcel y de nuevo atormentado; pero Vicente siempre vence: es colocado en una regalada cama, y entonces, como horrorizado de los regalos, prefiere morir antes que disfrutar placeres, y en efecto murió, porque así se lo pidió al Señor. ¡Qué fortaleza tan grande! ¿Y no procurarás tú sufrir algo por amor á Jesucristo? Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por su amado; pues de este amor ó caridad sale la fortaleza, y ésta será la otra virtud que debes tener, y que falta explicar, como lo vamos á hacer en el siguiente artículo.

J) *De la caridad.*

La caridad es la virtud en que más te has de distinguir porque es la virtud que más tendrás que ejercitar, si quieres cumplir, como debes, como buen diácono. Debes guardar el tabernáculo místico de Dios, que son los fieles: á ellos has de atender corporal y espiritualmente; has de socorrer las necesidades corporales en cuanto puedas; has de asistir á las viudas y á los huérfanos, á los sanos y á los enfermos, á los ancianos y á los niños; y como no pocas veces sucede que los pobres son más pobres de alma que de cuerpo, y por desgracia más solícitos andan para el remedio de las necesidades del cuerpo que de las del alma, por eso tú á todas debes atender; has de imitar á Jesucristo, que á la vez curaba las enfermedades del alma y las del cuerpo; y debes saber que no pocas veces Dios permite que el cuerpo tenga una miseria, una enfermedad una caída, para remediar el alma, como sucedió á Saulo, que la oración del diácono san Esteban le alcanzó la gracia de la conversión, y después por medio de una caída de caballo se obró completamente, y dijo: *Señor, ¿qué queréis que haga* y se le respondió que fuese á Ananías, y éste le bautizó, y fué hecho un vaso de elección. Así, amado seminarista, has de valerte de todos los medios que te dicte la caridad, que ya sabes que ella es muy ingeniosa: tú en la casa del gran Padre de familias debes ser un sabio pedagogo, instruyendo á los hijos de esa gran familia, alimentando á cada uno en la doctrina de la fe y de las buenas costumbres, acomodándote á cada uno según su capacidad, nutriendo á todos, á los niños con leche, y á los robustos y crecidos en la virtud con alimento más sólido; tú debes corregir á los que yerran, pacificar á los que riñen, componer á los que pleitean, á fin de que todos vivan de tal modo, que se pueda decir de todos ellos lo que dice san Lucas de los primitivos cristianos, que todos eran *cor*

*unum, et anima una*, que toda aquella muchedumbre de creyentes no tenían más que un solo corazón y una sola alma. Mas todo esto no se puede obrar si el ministro no está lleno de caridad, pues que para ello se ha de hacer y sufrir mucho: y sólo la caridad es activa y paciente, como dice san Pablo. De aquí podrás inferir la grande necesidad que tienes de esa nobilísima y principal virtud. Pídela continuamente á Jesús: suplica á María Santísima que te la obtenga, y verás como lo consigues, porque ella es la Madre del divino amor; y además de la oración te ocuparás en la meditación de la vida, pasión y muerte de Jesús, y te dirás aquellas palabras del Apóstol: *Dilexit me, et tradit semetipsum pro me*. Y no lo dudes, si eres constante en ella, podrás decir con el Profeta: *In meditatione mea exardescet ignis*.

El alma que de veras ama, más vive en donde ama que en donde anima, dice san Agustín. En donde está el objeto amado, que es el tesoro del amante, allí está su corazón. Por lo que si tú de veras amas á Jesús, más vivirás en Jesús que en tí mismo, ó mejor dicho Jesús vivirá en tí, como dice Jesucristo: *El que me ama, guardará mi palabra, mi Padre le amará, Yo y mi Padre á él iremos y en él haremos mansión*; y por esto san Pablo con el mayor entusiasmo decía: *Vivo yo, pero no yo, sino que vive en mí Cristo*,

El amor es como el fuego, que todo el combustible que se le arrima convierte en fuego. El que ama de veras á Jesús, todo lo que hace, dice, piensa y sufre, todo se le convierte en amor de Jesús. Al que ama á Jesús, todas las cosas le ayudan y cooperan á este amor, hasta las mismas faltas; porque le hacen más humilde, más cauto, más fervoroso, y le hacen acudir más á Jesús y estar más arrimado y apoyado siempre en Jesús, y ama esta dependencia y necesidad que tiene de Jesús, y esto le preserva de la vanidad en medio de las obras buenas que hace.

El amor es fuerte como la muerte: el amor fuerte produce y causa la muerte, pues que la muerte despoja al